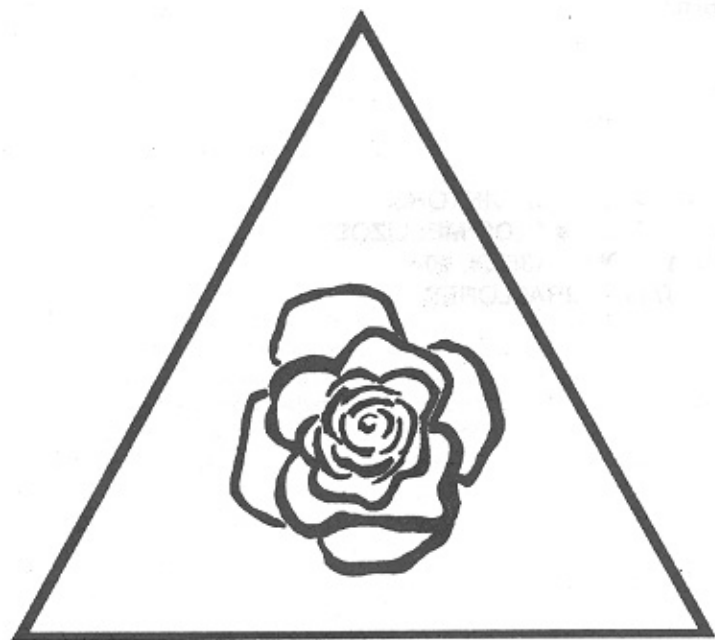


SOCIEDAD PARA LA LIBERACION DE LAS ROSAS

Enrique Verástegui y otros



EDICIONES AMANTES DEL PAIS

PERU, Verano de 1994.

PRIMERA EDICION

© SOCIEDAD PARA LA LIBERACION DE LAS ROSAS

© EDICIONES AMANTES DEL PAIS

Apartado 11-0692

Lima 11

PERU

DIAGRAMACION MACINTOHS:
Servicios Gráficos "LOS MELLIZOS"
Psje. Mártir Olaya 136 Of. 804
Telf. 468717 - MIRAFLORES

Rur̄asqa q̄ellqasqa Peru llaqtapi
Printed and made in Peru
Impreso y hecho en el Perú

SOCIEDAD PARA LA LIBERACIÓN DE LAS ROSAS

La historia del Perú no ha sido hasta ahora más que la historia de su propia destrucción y, a lo largo de los siglos, tanto en su etapa virreynal como en su era republicana, a través de los diversos gobiernos que se han sucedido, constitucionales, o dictatoriales, la negación de sus libertades individuales ha primado sobre la consideración de la propia vida, la educación, y una organización política horizontal. El Perú no ha sido más que un nombre, aquel que lo designa como tal, pero no una realidad que haya podido encarnarse en los hombres y mujeres que lo conforman. Si los sucesivos textos que se han escrito sobre el Perú no han devenido más que en retórica, devaluados precisamente por la continua guerra civil que atraviesa su historia y que se inicia, preciso es decirlo ya, con la usurpación de Atahualpa, príncipe de las provincias del norte del antiguo Tahuantinsuyu, que hizo de un poder que legal y tradicionalmente correspondía a Huáscar, príncipe de la casa cuzqueña, lo que ha marcado el precedente de una violación a la constitución que fundamentaba la relación entre los hombres en este país, no nos queda otro camino que denunciar estas prácticas corruptas que han hecho imposible la constitución del Perú como sociedad, como nación, y como país donde los hombres y mujeres que lo habitan encuentren finalmente el hecho mismo del ser que los constituye como realidad y como fin: la felicidad. Esa larga cadena de visiones trágicas que más que fundamentar la necesidad del Perú como nación no lo conducen sino hacia su disolución en una nostalgia que, dada como tal, lo vuelven siquicamente, y pragmáticamente, imposible y, por eso, incomprensible como felicidad para las nuevas generaciones de peruanos que, hartos de asistir a esa visión incorrecta de un Perú que no puede serlo porque la infelicidad no es más que una experiencia cotidiana que impide la realización de su proyecto y de su posibilidad. Esa historia del Perú, aquella de caudillos, jefes militares, demócratas corruptos, y masas sin participación real en el poder que permita la organización y la distribución del bienestar de toda la población no es una historia que nos resulte ciertamente atractiva, ni tampoco conveniente, y nos resulta más bien innecesaria. Innecesaria al menos para nosotros que, nacidos en el Perú, creemos en el proyecto de su posibilidad y, sobre todo, de su realización al modo como en el Tahuantinsuyu estaba organizada la población peruana, que es el modo como la riqueza, lo mismo que el trabajo, se organizaban entre nosotros. No estamos planteando una vuelta nostálgica al Tahuantinsuyu sino su completa reivindicación a través de lo que, políticamente, planteamos como una República Federativa que permita una fluida relación entre el poder central y las diversas regiones que lo conforman, y una autonomía regional para los asuntos de la organización de su vida social. Este es nuestro principio en política, aquella de la organización horizontal de todos sus ciudadanos y organizaciones cívicas lo mismo que profesionales. Sin embargo, siendo la organización federal lo que planteamos en política, nos interesa plantear los fundamentos éticos que nos han conducido a reunirnos para plantear las banderas de una unidad entre peruanos que conduzcan a su unidad y a su desarrollo cultural en una época tecnológica como la que vivimos. Esos planteamientos no son más que los conceptos que hemos encontrado ausentes en nuestra historia y que proponemos, no sólo en el nivel de esta Declaración, sino también en nuestra vida personal, y en nuestra obra profesional, para que quienes deseen suscribirse a nuestros principios -aquellos de las libertades individuales, las libertades para la creación, las libertades para la investigación científica, y la reivindicación de las rosas- lo hagan organizándose a través de células de estudio que, en el futuro, puedan transformarse también en células de acción social. Estos conceptos de las libertades que reivindicamos encarnan en cinco conceptos: vida, belleza, verdad, justicia, y felicidad, sin los cuales el Perú ni, en general, toda América Latina podrán alcanzar el proyecto de realización que sus libertadores, Simón Bolívar y San Martín, propusieron a las generaciones venideras. Si planteamos el principio de las libertades individuales, el de las libertades para la creación, y el de las libertades para la investigación científica es porque creemos que ellos son el motor fundamental que permite el avance de la historia, y el enriquecimiento material y espiritual de los pueblos. Si planteamos la reivindicación de la rosa, no sólo en su nivel simbólico -aquel en que cada uno de los miembros de las células de estudio que conforman esta Sociedad para la liberación de las rosas podrá siquicamente configurar como el contenido de ideal que mejor lo satisfaga- sino, también, en la experiencia de la realidad que, desde ahora, debe empezar por reconocer que la rosa es un producto de la naturaleza en la que se sintetizan la vida, la perfección, y la espiritualidad de una historia que, no tememos decirlo, empieza con nosotros, empieza con hombres y mujeres que juramos llevar la lucha por las libertades adelante. Estas libertades encarnan en los conceptos que hemos nombrado porque esos conceptos son precisamente sus fines: la vida, la belleza, la verdad, la justicia, y la felicidad. Sin estos fines ni las sociedades ni los pueblos podrán alcanzar nunca el proyecto de su propia realidad porque allí donde ellos se

encuentren ausentes imperará siempre el dolor, el hambre, la infelicidad y la incultura. Nos mueve, así, la conciencia de responsabilidad que tenemos para con el Perú, lo mismo que para con toda América Latina, planteando aquello que resulta absolutamente necesario para la grandeza de nuestra gran patria americana.

Esta posición nuestra se fundamenta en el diagnóstico de una realidad, defectiva hay que decirlo, que sólo puede conducir a la solución de un bienestar para todos.

Ese diagnóstico analiza los objetos malignos en América Latina, y esa solución analiza los objetos benignos en América latina.

I. OBJETOS MALIGNOS.

1.1 ESTADO.

El Estado no es más que la concentración de poder en unos pocos individuos que pueden haber sido elegidos a través de la democracia formal o, como sucede muchas veces, y de manera lamentable en América latina, a través de la usurpación de los poderes que lo conforman. Ese Estado, en nuestros países, no ha servido sino para ejercer una opresión síquica sobre las personas y, de ese modo, en la práctica sojuzgarlas. Ese Estado ha impedido la realización individual a través de medidas coercitivas de la libertad de las personas, pero también ha impedido la libre circulación de las mercancías en un mercado que, por eso, no ha existido o que, por la propia coerción estatal, ha sido ineficiente. Ese Estado, en América Latina, tiene básicamente dos características: aquella de una gran opresión sobre el conjunto de la población, los productores y los empresarios, continuadora de la vieja concepción de Estado según la cual las individualidades deben supeditarse totalmente a los poderes que lo conforman; y aquella opresión, copiada a los países tecnocráticos avanzados, donde el poder se emplaza en la diversidad de la vida social que conforma un país. Sin tener los beneficios de las sociedades tecnocráticas avanzadas, el Estado latinoamericano se aparece así doblemente opresivo para su población: reprimiendo el ejercicio de las ideas, y la libre circulación de las mercancías de un lado y reprimiendo la vida o los estilos de vida, allí donde los individuos pueden organizarse por sí mismos. Si el ideal del terrorismo consiste en la destrucción total del Estado, legitimando, así, la idea misma de Estado puesto que la destrucción del Estado no busca sino sustituir un Estado por otro Estado, aunque a este se le denomine perfecto y societario, nuestro ideal no consiste más que en situarse al margen del Estado, dado que este oprime las libertades individuales hasta el punto que las mismas relaciones sexuales -la forma en que éstas se realizan- resultan transgresiones estatales. Ese Estado, que se mete en todo, hasta en las relaciones sexuales de las personas, es un Estado que, por supuesto, no nos conviene. Esta opresión tiene así el signo de la historia pero no el de la naturaleza donde el hombre encuentra su propia libertad: ese **buen salvaje** del que hablaba Rousseau no es otro que el de nuestras comunidades andinas tal como ya, a comienzos de siglo, el anarquista peruano lo había reconocido desde su óptica latinoamericana: "la anarquía en el Perú es la continuación evolutiva del sublime comunismo incaico" (cf. *La Anarquía en el Perú*). Esa relación planteada por Carreño, entre dos conceptos aparentemente antitéticos como **anarquía** y **comunismo** resulta, ahora más que nunca, actual: la organización incaica era una organización anarquista porque, manteniéndose en relación estrecha con la naturaleza, se organizaba socialmente sobre la base de una moral de especializaciones. Esa estructura de producción especializada es lo que un moderno anarquista definiría al anarquismo como la posición de las élites. Esta élite -artistas, profesionales, grupos religiosos, ecologistas- es la que encuentra hoy obsoleto al Estado entendido como estructura centralizada de poder para el que la meta suprema se denomina control pero no persona ni, por supuesto, libertad individual. Ese control es omnívoro y se realiza siempre a nombre de un conjunto social que, en la práctica, no existe porque siempre será el individuo quien vea restringida su libertad. Así la restricción de la libertad individual es, también, la restricción de la sociedad en su conjunto. Si el Estado latinoamericano es doblemente represivo, sin dejar de ser obsoleto, el Estado tecnocrático reduce su extensión sólo porque se ha diversificado en el conjunto de la vida social. Si la diversificación del Estado europeo es una realidad, la oposición que genera también forma parte de la realidad: allí donde se instaura el Estado -en la familia, o en el barrio- es posible apartarlo porque las luchas horizontales producen aquello que el Estado no puede producir: vida síquica, energía material, mundo espiritual. Si el Estado latinoamericano es represivo -una represión que posibilita el atractivo de violentas acciones terroristas-, lo real es aquello que puede neutralizarlo: liberando las ideas, pero también liberando el mercado porque la relación de reciprocidad que fundamenta al mercado no puede sino conducir a la conciencia de la persona como valor para

si y para los demás. El agente de producción sabe, en principio, que tiene derecho a su propia vida y que esa vida es su primer valor. El mercado, por ello mismo, no ignora que sin vida es imposible que él exista. Así, ejerciendo la doble operación de liberar las ideas, pero también las mercancías, el Estado latinoamericano dejará de ser obsoleto permitiendo que los individuos se estructuren de acuerdo a sus necesidades, sus producciones, y sus profesiones, esto es, permitiendo que la sociedad se humanice.

1.2 DROGA.

Toda producción, distribución, y consumo de drogas no hace más que destruir la vida. Toda droga —llámese heroína, cocaína, marihuana, o lo que fuere— destruye la vida no sólo del drogadicto sino, también, del género humano en tanto que tal: el drogadicto no sólo está destruyéndose a sí mismo sino que, a la vez, puesto que somos parte de la misma humanidad, nos está destruyendo a nosotros llamados a defender la conciencia de vida sobre el planeta tierra. No hay droga que tenga siquiera, de inmediato, un efecto aliviador de cualesquiera de los problemas que hayan obligado a su ingestión porque ese elemento químico inyectado en la sangre de quien tiene la desgracia de drogarse no hace más que alterar el mundo neuro-síquico del cuerpo humano obligándolo, por eso mismo, a un mayor consumo de la droga, y los efectos mediatos son, como lo han denunciado ex-drogadictos, sencillamente devastadores. Si el primer efecto de la ingestión de drogas es un comportamiento autista, antisocial, e insolidario, por el cual el drogadicto se aísla de su barrio, su universidad, y su sociedad, para ingresar en el terreno desconocido del masoquismo donde la noción de placer ha sido vaciada de contenido en el mismo momento en que el oxígeno de las células está siendo reemplazado por la química de la droga, el efecto posterior —aquel de la ausencia ilimitada de la droga, por la cual el drogadicto encuentra absurda la posibilidad de salir de aquel círculo siniestro de necesidad/ consumo/ necesidad— resulta socialmente luctuoso: el drogadicto, separado de su medio social inmediato, como el barrio, o el trabajo, no encontrará más posibilidad de agenciarse dinero para consumir la droga que realizando una total transgresión a las normas que fundan las relaciones entre los hombres para llegar al ámbito de la criminalidad: crímenes, latrocinios, y extorsiones de todo tipo serán los métodos que emplee el infeliz drogadicto para conseguir la droga que un organismo desestabilizado como el suyo necesita. Si ello es así para el drogadicto, ello no es así para el narco-traficante que no tiene más interés que uno: ganar dinero a costa de la vida pérdida de los drogadictos que, por razones síquico-sociales, cayeron en el abismo de la droga. Si el drogadicto es un ser desprotegido, el narco-traficante es un tipo inmisericorde que no sólo vende droga a los drogadictos sino que, a la vez, los extorsiona a comprar más droga, obligándolos así al crimen. El narco-traficante es un tipo apestado cuyo dinero, obtenido mediante la destrucción de la vida y la juventud de los drogadictos, mediante la sangre, no puede ser empleado más que para generar más droga y más drogadictos: ese dinero producto del narco-tráfico se dirige, a su vez, hacia la corrupción del aparato del Estado en todos sus niveles hasta el punto que, ante la abdicación del Estado ante el narco-tráfico, no podemos concluir otra cosa que las cosas, entre nosotros, están como están —subdesarrollo, desempleo, recesión, y analfabetismo— porque así lo ha dispuesto el narco-tráfico.

1.3 Analfabetismo.

Allí donde existe analfabetismo no existe vida ni, tampoco, conciencia de vida. El analfabetismo impide la conciencia de situación personal en el curso de la historia y, en siquiatría, el analfabetismo no es otra cosa que esquizofrenia social conducida por el Estado, y los grupos de poder, para impedir que las personas (las personas son precisamente las que forman la masa) asuman la conciencia de su realidad tal como ella es y no tal como se la imponen, desvirtuada y, en realidad, irreal frente a la situación por la que puede atravesar un país, y frente al país en un momento de su historia. Un país del que, por supuesto, y legalmente, forma parte: el país, así, no es más que la suma de sus individuos conscientes de sus derechos y, también, de sus responsabilidades. El Estado, y los grupos de poder, que en las circunstancias actuales de tecnificación del mundo no son más que el narco-tráfico y las mafias llamadas sicilianas, no buscan más que **analfabetizar** a la población con un único fin: impedir la conciencia de sus derechos para sumirlas en un estado de tinieblas total. Si los Estados tecnocráticos analfabetizan a la población para impedirles la conciencia de armonía social, y de armonía ecológica, los Estados del sur, que son, de paso, los últimos Estados despóticos que quedan en el mundo, **analfabetizan** a la población no sólo para sumirlas en las tinieblas sino

para transformarlas en mano de obra barata. Esas tinieblas la obligarán, precisamente, al estado de mano de obra barata pero, también, la obligarán a algo más: al abandono de la tecnología primaria y de la tecnología intermedia. Si la tecnología artesanal constituye la patentización de que una cultura existe —una cultura producto de antiguísimas relaciones ecológicas, que no debe ser necesariamente entendida como un efecto superestructural— para objetivar ante el mundo el aporte de una nación, su eliminación no conducirá sino al caos de una mano de obra barata donde el valor-fuerza de trabajo no será nunca compensado con la satisfacción espiritual dado que el producto le será siempre arrebatado. Si el proceso de **analfabetización** se ha iniciado ahora en los países que viven bajo la sujeción de Estados despóticos, para des-individualizar a las personas bajo el pretexto de que los intereses de las "masas" lo exigen —un pretexto gramaticalmente conocido por la sustitución, siempre antidemocrática, del pronombre en primera persona, aquel del omnívoro burócrata, por un "nosotros" que no nos representa y que, de hecho, nos niega—, lo es sólo porque la cultura no sólo le resulta innecesaria al Estado, y sus grupos de poder, sino, sobre todo, porque ésta les resulta terriblemente peligrosa: la cultura, que es expresión de la vida, no se patentiza más que a través de la destreza de esa vida que, en su manifestación, a través del hecho mismo de formularse como cultura, niega los intereses del Estado. Esa **analfabetización** apunta, por ello, simultáneamente a algo más inmediato: la inculturación política de la población en la que incluimos no sólo el desconocimiento de sus derechos ciudadanos —aquellos que nombran la relación entre los hombres que conforman un país— sino también el desconocimiento de aquellas normas que rigen la relación entre el trabajo y el capital: los derechos sindicales, cuya conquista, en el pasado, permitieron beneficiar no sólo a los productores sino también al conjunto de la sociedad. Así, el derecho a las 8 horas de trabajo, conseguido por los obreros y su dirección anarco-sindicalista en 1919, en Perú, lo mismo que el derecho al voto en las mujeres, se presenta como las únicas banderas reivindicativas de lucha exitosa que hemos tenido los peruanos, hombres y mujeres de este país, no porque no hayamos tenido otras reivindicaciones ni otras luchas sino porque la analfabetización había empezado en Perú de un modo tal que muchas reivindicaciones fueron confundidas por nuestros dirigentes político-sindicales al ser planteadas como necesarias a las masas cuando, en realidad, esas reivindicaciones no relleaban sus aspiraciones: la lucha economicista ha sido una lucha fatal en Perú sencillamente porque las aspiraciones de los trabajadores peruanos, lo mismo que las de los trabajadores hermanos de otros países latinoamericanos, se dirigen básicamente a defender aquello que permite una mejor correlación de fuerzas entre el trabajo y el capital: a la conquista de derechos políticos, y no a cometer el error de los años 50, 60 y 70: a unas nacionalizaciones levantadas como banderas de una izquierda cuando sólo lo eran de una burocracia, y del autoritarismo, desligado de una población que buscaba, sobre todo, su libertad política. El hecho de la corrupción estatal, y de la opresión generada por la extensión del Estado, sólo podía conducir a que grupos desesperados asumieran para sí la lucha armada, produciendo así una guerra civil, en la que la población no tiene otra opción que defender su vida y la Constitución, sin que ello quiera decir apoyo al terrorismo dado que el modelo de la sociedad final no ha sido aún planteado por los grupos levantados en armas. Si las banderas de conquista política parecen ser más atractivas para las masas que las reivindicaciones puramente economicistas, nos resulta perfectamente claro que la anulación del Estado es la reivindicación fundamental de la población hoy en día en los países donde imperan los Estados despóticos del sur. Asumir esta conciencia política, lo mismo que la conciencia de los derechos sindicales, y fundamentalmente, la conciencia de luchas horizontales —desde la ecología al feminismo, pasando por las casas maternas, los deportes barriales, las casas culturales distritales— impedirá la analfabetización de nuestra población, y nos permitirá asumir la humanización del conjunto de nuestra sociedad.

II. OBJETOS BENIGNOS.

2.1 PAREJA.

Resulta imposible pensar el género humano sin la relación entre el hombre y la mujer ni resulta posible pensar que uno u otra se arroguen para sí la representatividad de un género que no existiría si no fuera porque Dios, según relata el Génesis, creó al hombre y a la mujer de un mismo elemento: el barro, del que salió Adán, y Eva que salió de una costilla de Adán. Ambos, pues, según el relato bíblico, tienen el mismo origen y ambos se reflejan uno en el otro. Sin uno de ellos, el otro no existiría: sin mujer no existiría hombre, ni sin hombre existiría mujer. El reconocimiento de este principio nos lleva a plantear la necesidad de la pareja, y el mundo síquico-espiritual que esta produce: el amor, como el motor de las civilizaciones, la historia, y los países. Toda nuestra literatura, no sólo la

occidental, sino también la oriental, y la andina –desde el **Popol Vuh** hasta el **Himno a Wiracocha**–, se refiere al amor como fuerza capaz de hacer habitable lo inhóspito, como la fuerza capaz de producir el bien por sí mismo, como la fuerza que todo permite cambiarlo. El mundo, así, no se mueve porque fuerzas encontradas se enfrenten en el campo de batalla, o en los foros, sino porque la pareja hace precisamente lo contrario: en vez de enfrentarse en guerras que, a la larga, son estériles, el hombre y la mujer se unen para construir su presente, su futuro, y su eternidad. Ese presente, que ambos construyan, estará determinado siempre por la satisfacción de las necesidades materiales a que los somete su propia condición biológica, pero también su condición social dada en el hecho mismo de que ellos, al unirse, fundan la sociedad. Esa satisfacción de necesidades materiales, que es la lucha por la supervivencia, no concluirá nunca porque esa es la condición de su biología –ambos tienen necesidad de comida, ropa, casa– pero, dada la destreza de la pareja, y dadas las condiciones sociales que lo permitan, ella podrá generar un ahorro que posibilite una mejor satisfacción de esas necesidades materiales. Así su presente se relaciona íntimamente a su futuro porque este será directamente proporcional a la capacidad de trabajo, y por tanto, de ahorro que hayan podido acumular las parejas en el curso de toda una vida, y será inversamente proporcional al déficit en ahorros que haya podido producirle unas reglas de distribución económicas injustas. Su eternidad, en cambio, no pertenece al terreno de la estructura económica sino al de aquella libertad ilimitada que supone el amor y que sólo se patentiza, y se realiza, en las relaciones sexuales donde su satisfacción implica la esencia misma de la libertad por la que han combatido, y a la que satisfacen, amándose hasta el punto que aquellas relaciones sexuales pueden ser asumidas por la pareja como un sinónimo del concepto de felicidad. Esta eternidad, por ello, nos interesa porque uno de nuestros fines, como **Sociedad para la liberación de las rosas**, será demostrar, proponer, y difundir el concepto de felicidad como posible, y realizable, ahora y aquí, en esta tierra, en todos los países, y continentes de la tierra, más que en un mundo de ultratumba donde sólo el espíritu tendrá la posibilidad de la felicidad pero no su componente fundamental: el cuerpo, llamado a perpetuar el género humano como género humano. Así, reivindicando el cuerpo es como reivindicamos el espíritu sin negar que las necesidades espirituales puedan organizarse en servicios religiosos para satisfacción de los fieles creyentes. Nosotros, militantes para los fines de difusión y realización de la felicidad a la población del planeta tierra, afirmamos que el cuerpo no se desliga tampoco del espíritu sino que, en su relación, y complejidad, el cuerpo debe ser asumido como un componente del planeta tierra, y del cosmos, pero como un componente privilegiado porque es a través de él como percibimos el mundo, y como el mundo –no sólo las sociedades ni las civilizaciones sino, también, los elementos físico-químicos que componen la materia– se organizan. El cuerpo es la materia fundamental que produce el concepto de felicidad y el espíritu es la conciencia de que esa felicidad se eterniza en la materia, a través de pulsiones cósmicas como la teoría de la relatividad que permite entender que el universo es una continua y perpetua copulación entre sus elementos. Sólo a partir de esta conciencia reconocemos necesario un espíritu que se eterniza en las construcciones intelectuales que él realiza: poesía, arte, matemáticas, rosas. Por ello, la conciencia de felicidad es para nosotros, en grados superiores de nuestra organización la conciencia de poesía, arte, matemáticas, y rosas porque en estas construcciones, realizadas siempre a imagen del cuerpo, se objetiva la perfección del género humano. Así, la pareja nos resulta fundamental, lo mismo que el hogar, y la familia porque ellos son no sólo la célula básica de toda sociedad sino porque, sobre todo, su actividad es la que ha permitido las realizaciones de todas las civilizaciones de la tierra a través de toda la historia de la humanidad.

2.2 EDUCACIÓN.

Si la civilización occidental no ha sido más que la suma de revoluciones culturales que, a lo largo de un milenio, le han permitido alcanzar hoy en día un estadio sin precedentes en su desarrollo hasta el punto que el ocio generado por una adecuada distribución de sus horas de trabajo parece ser la conquista de la población en los estados tecnocráticos –un ocio que, por supuesto, resulta necesario llenar, y satisfacer, a través de una ingente producción cultural que, por eso mismo, se entiende como un sector más de la industria, el que generará una capitalización que haga posible ese ocio ilustrado, y consumista, si la civilización occidental ha llegado a este estadio de su desarrollo ha sido porque, en lo fundamental, privilegió siempre la educación como uno de los fines llamados no sólo a satisfacer las necesidades espirituales de la sociedad sino, también, como la producción de conocimiento –tanto el técnico como el saber cultural– capaz de robustecer sus estructuras sociales al mismo tiempo que de

generar los instrumentos tecnológicos que le permitan simplemente una adecuada presencia en el mundo. Un mundo que no se homogeneiza sino que, por acción de la técnica, como lo dijo McLuhan, se globaliza de un modo tal que ese mismo desarrollo tecnológico permite horizontalizarlo, posibilitando así la transformación de los Estados no en detentadores de la economía ni de la educación sino en aquello que, desde siempre, ha debido ser su función primordial: defensores de los derechos humanos. Este interés por la educación y la cultura fue cultivado, también desde siempre, por occidente y el más viejo poema que poseemos: El *Gilgamesh*, escrito dos mil años antes de Cristo, en la Sumeria, no es más que el viaje de iniciación del héroe mítico cantado por un poeta anónimo. Ese viaje de iniciación no ha terminado, ciertamente, por una sencilla razón: su camino es una espiral que se desenvuelve en un tiempo histórico que cuando aparenta dar una vuelta más al círculo no hace más que elevarse de nivel – exactamente como los iniciados en este círculo de estudios anarco-esotéricos – para continuar esa marcha que nos ha conducido hacia donde nos encontramos ahora: un momento espléndido de la humanidad en que el marxismo reconoce la necesidad de su vitalización y donde, después de hacer un análisis exhaustivo de las causas de su actual impase, concluimos por afirmar que esa vitalización sólo podrá provenir del anarquismo y del esoterismo. Esto fue siempre así, y el marxismo, que no era más que un momento de la conciencia crítica de la civilización occidental, prueba que las antiguas enseñanzas y prácticas rituales griegas se han vuelto hoy más que nunca necesarias a nuestro mundo moderno: desde Pitágoras, que antes de fundar un círculo de iniciados en matemáticas, hizo un viaje por todo el universo de su tiempo, en el que incluyó un aprendizaje en los templos secretos de Egipto, hasta Platón que, habiéndose planteado todo un grandioso desarrollo para la filosofía griega, cayó en un exceso autoritario que terminó por marginarlo de la historia, la historia del conocimiento ha sido la de una alianza con el poder que terminó siempre por marginar a los estudiosos que no habían logrado entender algo fundamental: el poder no pertenece necesariamente al Estado sino que el poder puede constituirse sobre la base de micro-sociedades que, desarrollando una labor horizontal, puedan oponerse al Estado y llevarlo a una defensa de los derechos humanos. Esto fue precisamente lo que entendió Pitágoras: un círculo de iniciación puede, en apariencia, apartarse de la sociedad – dados sus conocimientos, dados sus rituales – pero en la práctica tener íntima relación con ella dados los efectos que esos estudios esotérico-científicos van a producir en la misma sociedad. Así, occidente toma conciencia de ello en 1.200 cuando funda su primera universidad precisamente para revitalizar una Europa caída en el olvido de sí misma, y en el más completo analfabetismo, y cuando los círculos de iniciados de aquel entonces – que eran círculos pitagóricos, enriquecidos a su vez con estudios gnósticos y cristianos – fundan las órdenes de caballería con el fin de rescatar el Santo Sepulcro en manos de infieles. Esa enorme vitalidad generada por las universidades, las órdenes de caballería, y la necesidad de rescatar el Santo Sepulcro arrancó a Europa de sus tinieblas medievales conduciéndola hacia el Renacimiento cuya característica principal, y con el apoyo decidido de la Iglesia de Roma en aquel momento, fue un rescate más que una vuelta al conocimiento de la Grecia clásica: toneladas de manuscritos son desenterrados, ya con la firma de Platón, Aristóteles, o Heráclito, e incluso, cada vez que eran encontrados, se los paseaba en procesión, bajo palio, por todas las calles de Europa. Ciertamente los sabios árabes tuvieron también participación en este Renacimiento de la humanidad: ellos evitaron que el conocimiento griego se perdiera, traduciéndolos a su lengua pero también a la lengua castellana: en Toledo funcionó la primera escuela de traductores. Esos conocimientos, para desarrollarse, necesitan, pues, de una organización iniciática, siempre secreta, siempre hermética, y de unos rituales que permitan a sus iniciados difundir la ética de la organización. Si, como acabamos de ver, la cultura, y la técnica, han permitido el desarrollo de la civilización occidental – civilización a la que por inscribirnos en el área de las relaciones tecnológicas pertenecemos – no podemos sino plantear un cambio radical en la enseñanza, y un mejoramiento de la educación, para nuestros países situados en el hemisferio sur donde tienen su esfera de acción los Estados despóticos. No podemos sino concebir la libertad de la enseñanza, y su universalización, a través de la creación de una nueva escuela que posibilite el acceso del niño a un nuevo mundo: el mundo de la tecnología, y por lo mismo, no podemos sino plantearnos la necesidad de fundar una Universidad Libertaria que, en sus cursos, permita al estudiante el acceso a una información capaz de descubrir, y desarrollar, sus virtualidades posibles de ser aplicadas al proceso de recambio cultural que vive hoy el mundo, y la civilización occidental. La enseñanza no puede ser, como hasta ahora, motivo de desconfianza y, sobre todo, tedio, para el niño, sino que, todo lo contrario, tiene que ser el motivo de un buen placer que permita a su ego, pero también al ego de su entorno, un reconocimiento de sí mismo. No puede estar dirigida sólo a la especialización sino que tiene que estar dirigida al conocimiento total de las materias científicas y de las materias sociales. No puede estar dirigido

al analfabetismo, según el cual, el especialista no se ocupa más, una vez abandonada la universidad, de otras áreas del conocimiento sino a una totalidad de conocimiento que permita que el especializado encuentre un lugar dirigente en el mundo. Una nueva enseñanza donde, desde los jardines de la infancia, se enseñe a los niños teoría de la relatividad, y mecánica cuántica, lo mismo que las geometrías no euclidianas, y una Universidad Libertaria permitirán no sólo un cambio en la educación sino, también, fundamentalmente, un acceso de nuestros países de América Latina a un lugar protagónico en la producción de conocimientos, y tecnología, hoy día en el mundo moderno. Si creemos en la educación, y la cultura, como motores fundamentales del desarrollo de nuestros pueblos es porque ello forma parte también de la historia latinoamericana: Miranda, que escribió su *Carta a los españoles americanos*, perteneció, como todos nuestros patriotas, a logias masónicas inglesas que en el siglo de la ilustración, y desde México, donde se fundó la primera logia secreta independentista del poder español, invitaron a los pueblos a su revolución y a constituir su propio ser nacional.

2.3 ECOLOGÍA.

Estamos ligados a la tierra, somos su producto, su flor, su inteligencia y, como dice el Génesis, hemos nacido del barro, un barro formado de elementos físico-químicos, entre ellos el oxígeno, el hidrógeno, el agua, y diversas moléculas, como las proteínas, que también pueden encontrarse en otros lugares de nuestro vasto universo. Somos, pues, un producto del planeta tierra, el cual pertenece al sistema solar, el cual pertenece a la Vía Láctea, la cual pertenece a una ininidad de galaxias cuyo conocimiento recién hemos empezado. En ese universo físico-químico, en ese universo de partículas atómicas, átomos, protones, y neutrones, energía, y proteínas que se mueven de acuerdo a un orden infinitamente complejo como el espacio sideral nosotros, hombres y mujeres, somos su inteligencia que comprende que sin la armonía de esos elementos físico-químicos nuestros cuerpos, y toda la vida en nuestro planeta –la de los animales, y la de los vegetales –, corren, hoy más que nunca, el infinito peligro de su desaparición y, con ello, la extinción de todo el género humano, su cultura, y su civilización. Si la vida existe, y nos referimos a todo tipo de vida, la humana, la animal, y la vegetal, es porque existe un equilibrio ecológico que permite que ella se reproduzca y transforme en una variación incesante de formas que son la vida misma. Si la materia no se destruye sino que se transforma, como dice el principio químico, debemos entender que algunas transformaciones no continúan hoy un ciclo correcto sino que se han vuelto elementos químicos perniciosos para la vida debido a la acción de elementos químicos que desequilibran los procesos de transformación de la materia. Esos elementos químicos son hoy denunciados en los medios de comunicación masiva pero la conciencia de un hecho no termina con su información sino que empieza, sobre todo, con su práctica: rechazar todos esos elementos químicos que alente contra la vida se ha vuelto hoy, para todo el planeta tierra, una actividad prioritaria en que todos y cada uno de los hombres que lo conforman tienen el deber de efectuarlo. No sólo le compete a los Estados la prohibición de elementos como DDT, insecticidas, y aerosoles –elementos cuyo uso ha producido grandes ganancias a compañías transnacionales pero que no han alcanzado el efecto buscado, lo que implica que esas ganancias deban ser dirigidas a otras áreas de investigación– sino que es una obligación de todo hombre y mujer sobre este planeta tierra rechazarlos porque ello ha empezado ya a afectarnos a todos. El planeta tierra necesita ozono, y ese ozono –que peligra a causa de los gases– debe ser protegido. Nuestras áreas de cultivo deben ser expandidas, y nuestras áreas cultivables deben utilizar agentes biológicos en vez de agentes químicos para erradicar los insectos que atenten contra la producción de cultivos para el consumo humano, pero también para todo consumo. Nuestra Amazonia debe ser protegida porque sencillamente los árboles producen oxígeno. Nuestros mares deben ser protegidos porque constituyen grandes fuentes de oxígeno para el planeta tierra. Nuestros animales deben ser protegidos porque ellos constituyen el equilibrio ecológico entre las diversas especies y entre estas especies con la vegetación. Es hora de empezar a cuidar nuestra atmósfera y ha llegado el momento de empezar a utilizar adecuadamente nuestro clima para producir viviendas habitables que impliquen un adecuado uso de energía, y no una energía que atente contra la vida. Es hora de utilizar las mareas y los rayos solares como generadores de energía para los fines de una vida sana sobre la tierra. Ciertamente, la planificación familiar es necesaria pero ella debe conducir siempre a proteger la vida. Toda gran empresa industrial debe producir satisfacción para el consumo pero no desechos que atenten contra el equilibrio, y la salud, de la naturaleza. Y, como meta prioritaria, y final, debemos impedir la producción de más armas atómicas hacia fines que contribuyan a la salud del género humano. Nuestra conciencia ecológica debe llevarnos a contemplar belleza allí donde hay un animal que salta sobre la tierra, y donde la vegetación se mueve

bajo un viento libre y tranquilo. Nuestra conciencia ecológica nos lleva a plantear que si no nos armonizamos con las otras formas de vida sobre la tierra tampoco tendremos conciencia de nuestro propio cuerpo. Somos vida: nuestro deber es defenderla.

2.4 ROSAS.

Todas las flores son bellas y nuestra naturaleza se llena de flores cuando llega la primavera. Podemos contemplar calistemos, cucardas, bungavillas, costillas de Adán, begonias, fucsias, nardos, nenúfares, tulipanes, lotos, amapolas, jazmines y, entre otras, rosas. No sólo podemos contemplarlas: también cultivarlas.

Si no tenemos un espacio de tierra para cultivarlas podemos entrar en un parque público, y plantarlas. Al plantarlas, nos comprometemos a regarlas diariamente, a no dejar que los transeúntes arrojen colillas en su entorno ni a que a nadie las toque. Nos comprometemos a abonarlas, podarlas, limpiarlas. Podemos también acondicionar un espacio en nuestras propias casas para cultivar flores creando maceteros artificiales al lado de una ventana, o en el patio, al lado del lavadero de ropa. Nuestros jardines obviamente tendrán flores y, entre ellas, una rosa. Nuestro dormitorio y, en general, todas las habitaciones de nuestra casa tendrán macetas y frascos donde se yergan las flores, y las rosas. Nuestro lugar de trabajo (una oficina, una fábrica) tendrá, también, macetas con flores y, si es posible, nuestros afiches de nuestras paredes contendrán rosas. El escritorio ante el que nos sentamos diariamente a trabajar tendrá también un frasco con flores, un frasco con rosas. Somos cultivadores de las flores y hemos escogido la rosa —no importa el color de sus pétalos que reflejarán la semiología de un ideal— porque ella, entre todas, ha sido escogida desde siempre para representar la vida, la perfección, y la espiritualidad en un mundo que la necesita como el fin de su propia necesidad. Somos, pues, militantes de la rosa. Allí donde haya alguien que cultive flores reconoceremos a un posible iniciado y, desde ya, lo reconoceremos como uno de los nuestros. Allí donde alguien cultiva rosas lo reconoceremos como un miembro de nuestra orden. Reivindicamos la rosa en tanto que rosa —la rosa como tal, como misterio de perfección y belleza de la naturaleza nos interesa— y le damos, también, un contenido simbólico. Puede significar una variedad de cosas para nosotros pero, sobre todo, la rosa será el punto de confluencia de nuestros intereses llamados a defender todas las libertades. Esa rosa será, también, el punto de confluencia de nuestros estudios de iniciación que tendrán como base el gnosticismo, el esoterismo, la filosofía védica hindú, el taoísmo, y las matemáticas. En la rosa se cifra el misterio de la vida y esa rosa es matemáticamente pensable de acuerdo a una unidad que hallamos en el Teorema de la suma de dos cuadrados, el más elegante de todas las matemáticas. Ese teorema, y el número de esa unidad, coincide proporcionalmente con el número que encontró Pitágoras para designar al hombre. Así, la diferencia matemática entre la rosa y nosotros será la de nuestros grados para llegar a ella. Nuestros estudios, y nuestros conocimientos, por ello mismo, no pueden sino conducirnos a la rosa. Todo lo que produzcamos será la rosa elevada a un nivel simbólico de lo que significa el conocimiento para nosotros. Esta **Sociedad para la liberación de las rosas** se constituye, pues, para defender y, literalmente, propagar las rosas sobre nuestro país, América Latina, y el planeta tierra, y, como la esencia de su símbolo, el estudio y difusión del Yachay Mamas.

Nuestro símbolo será una rosa al interior de un triángulo.

San Vicente de Cañete, Primavera de 1993

Firmantes: Enrique Verástegui, Beatriz Ontaneda, Brenda Camacho, Elena Cáceres, Rubén Grajeda, Santiago Riso, José Beltrán Peña, Egidio Avocahuaque, Antonio Sarmiento (PERU); José Mario Illescas (BOLIVIA); Jordi Royo (BARCELONA); Roberto Bolaño (GERONA); Mario Santiago (MEXICO).

INVITACION: A las personas, grupos e instituciones que crean y se identifiquen con lo expuesto en el presente manifiesto, las invitamos a adherirse y comunicarse por escrito a las siguientes direcciones: O'HIGGINS N° 336, SAN VICENTE DE CAÑETE (CAÑETE), LIMA, PERU ó al Apartado 11-0692. Lima 11. PERU.